MARQUÉS DE VILLAURRUTIA

DON JUAN VALERA, DIPLOMÁTICO Y HOMBRE DE MUNDO*

Bien sabe Dios y sábenlo también los organizadores de estas conferencias, destinadas a honrar al gran Valera, que resistí cuanto pude el tomar en ellas parte activa, no por falsa modestia, sino por muchas razones de gran peso que hube de alegar, entre las cuales una de las más poderosas es el verdadero temor de aburrir al selecto auditorio y aun al propio Valera, si llegase hasta la región del eterno descanso y la apacible calma el eco del ruido mundanal y del prurito parlero, achaque de la raza que en ambos mundos habla la lengua de Cervantes. Creo que a los que gozan ya de la perdurable bienaventuranza no han de afligirles las cosas, grandes o pequeñas, con que aquí abajo entretenemos el tiempo, porque habrá allá arriba una discreta censura ejercida por alguno de los santos Doctores de la Iglesia, que impedirá la entrada de cualquier obra que pudiera molestar a los que cultivaron las letras durante su tránsito, siempre breve, por la tierra. Esta consideración me tranquiliza respecto de don Juan Valera; pero queda el auditorio. ¿Y cómo complacerle? La conferencia es género literario para mí completamente nuevo y que, como todos, requiere aprendizaje. Es tarde ya para que lo empiece quien, por caduco, ha sido en su carrera jubilado; a pesar de lo cual no se resigna a colgar la pluma en la espetera y a aguardar, tomando el sol y el aire en el Retiro, a que venga la Descarnada y por vago, amén de viejo, lo recoja. Tarde es también para eludir el compromiso contraído en un momento de debilidad

* Conferencia dada en la sala de actos de la Real Academia Española en la conmemoración del centenario de don Juan Valera.

senil, y viéndome en el aprieto de tener que actuar como conferenciante, por primera y última vez, sólo me resta recomendarme a la benevolencia que el respetable público suele dispensar al autor novel en un estreno.

Arduo es el tema que, por haber sido yo subordinado y colega de Valera, me ha tocado en suerte. Fue nuestro don Juan insigne polígrafo, prosista y poeta, novelista y crítico, filósofo, humanista, dramaturgo, periodista, académico, primoroso en sus cartas, estilista maravilloso; que todo lo abordó su peregrino ingenio y su bien cortada pluma. Pero, además de esto, fue diplomático de carrera, no de los que se consideran tales porque sentaron plaza de jefes de misión y figuran en el escalafón de embajadores y en el almanaque de Gotha, sino de los que llegan a la más alta dignidad, pasando por todos los grados inferiores y por no pocas residencias de América y de Europa. Y se preguntarán con asombro los admiradores de Valera: ¿cómo un hombre de tan perspicaz entendimiento y tan excelentes dotes, que parecía destinado por la Providencia para las más altas empresas del saber humano, pudo escoger una carrera que el vulgo reputa propia de vagos y de tontos, y los intelectuales califican de *luciente ociosidad, sin quehacer ninguno positivo?* Y es tan general esta opinión, que ocurrióme lo siguiente: Uno de mis jefes, diplomático de carrera, tenía un hijo de cortos alcances y más aficionado a la holganza que al estudio, el cual, con ánimo, sin duda, de llegar a la soñada cumbre, había intentado ingresar en varias Academias militares, sin haber logrado plaza ni siquiera en la de Infantería. Su desconsolada madre, a quien solía yo algunas veces servir de paño de lágrimas, refirióme en estos términos su cuita: «Ya se lo decía yo a mi marido: ese chico no sirve para nada y habrá que dedicarlo a la carrera diplomática.»

En verdad que es clara muestra de inferioridad mental seguir desde temprana edad y paso a paso una carrera a cuya meta llega en España de pronto, sin título ninguno académico, ni servicio público y notorio, cualquier apreciable joven que cae en gracia y surge, como Minerva de la cabeza de Júpiter, improvisado Embajador, jurisconsulto y hombre de Estado.

Téngase, además, en cuenta que el diplomático, como el actor, necesita ambiente en que criarse, y que para ser grande y que pueda su nombre llegar a ser famoso y se transmita a la posteridad con lauro inmarcesible, se requiere que sea grande el escenario en que se mueva y el público ante el cual represente su papel. Si Talma en vez de ser francés y de haber tenido la suerte

de representar ante el público de testas coronadas con que le obsequió su imperial Mecenas, hubiera nacido en Binefar o en Torrelodones y se hubiera contentado con representar *El puñal del godo* ante sus entusiasmados convecinos, habríanlo tenido éstos por un grande artista y él lo hubiera creído, mas su nombre no figuraría en las páginas de la Historia.

Cuando don Manuel Silvela fue de embajador a París en 1884, ya sin las aspiraciones grandiosas de 1869, que con el fracaso de la candidatura Hohenzollern y de nuestra participación en la guerra francoprusiana viéronse frustradas, nos lo pinta su hermano don Francisco, «resignado a la inofensiva literatura de notas y despachos, y al amable comercio de visitas, condecoraciones y banquetes, asignado como finalidad capital a nuestra modesta Cancillería en el mundo diplomático».

Pudo ser en Valera el error en la vocación un mero pecado de inexperto mozo, del que estuviera luego arrepentido; pero ello es que fue pecador contumaz e impenitente, lo cual no tiene ya perdón de Dios, o quizá lo tenga, a mi juicio, porque nunca tomó don Juan en serio la carrera diplomática, pareciéndole una de tantas farsas, acompañadas de los correspondientes chirimbolos, que el hombre se ve obligado a representar en este mundo, y la que más se prestaba a ser blanco de su amable escepticismo y de su regocijada sátira. No le estorbaba la diplomacia, antes bien cuadraba con su vida y sus gustos de hombre de mundo, considerando la luciente ociosidad como ocupación ligera o deporte retribuido, que le entretenía y descansaba de su labor literaria, su única ocupación seria. Representaba su papel con cierta natural distracción y con gran desenfado y burlona indiferencia, y no le faltaba razón y le sobraba gracia cuando ponía en la picota a algunos de sus colegas, que ni aun entre augures deponían su hierática y aburrida seriedad, con la que velaban la ingénita estulticia y la adquirida ignorancia.

No coincidía en todo mi manera de pensar con la de mi jefe, porque vivía yo entonces lleno de ilusiones y con la más lisonjera idea de mi carrera, aunque no dejara de convenir con don Juan Antonio de Vera y Zúñiga, primer conde de la Roca y famoso tratadista de Embajadas del siglo XVII, en que, a pesar de su alta dignidad e ilustre cuna, se asemejaba el oficio de embajador al de *tercero de amores,* que el bachiller Rojas había encarnado en su inmortal Celestina, y Cervantes tenía por propio de discretos y necesarísimo en la república bien ordenada. No llegaban mis ilusiones hasta el punto de creer que pudiera mi nombre figurar

un día en la Historia de nuestra diplomacia con esa aureola de grandeza que dan a sus representantes las naciones grandes; pero ponía todos los medios para servir a mi patria en la carrera a que mis aficiones me habían destinado. Engolfábame en la lectura de las Memorias y discursos en que Talleyrand, Metternich, Cavour, Bismarck y Bülow, se han dignado revelarnos, con más o menos claridad y modestia, el secreto de sus éxitos, indicándonos el concepto que tenían de la diplomacia, cómo la habían entendido y practicado y lo que debía ser, a su juicio, el perfecto Embajador en nuestros días. Cada uno de estos maestros nos ofrece, claro es, distinto modelo. El Príncipe de Bülow, el último en el uso de la palabra, después de recordar la frase de La Bruyère de que el Embajador debía ser un Proteo o un camaleón, y de decir que había algo de *mímica* en la diplomacia, aconsejaba a los jóvenes Agregados que evitaran cuidadosamente la pedantería característica de los antiguos diplomáticos alemanes, que se dejaran al dómine en casa, y que tomaran por modelo a Alcibíades, excepto en la prodigalidad, y aun hubiera podido añadir algún otro defecto al que los griegos dieron nombre y que los españoles tuvieron por pecado nefando.

Pero cuantos consejos se han dado y pudieran darse al diplomático novel, ya empiece la carrera como Agregado lleno de ilusiones, ya como Embajador desengañado de la política, pueden reunirse en uno solo: debe ser persona grata. Y claro está que para lograrlo han de ser distintos los medios que ha de emplear, según las diferentes condiciones de los países en que viva y de los Gobiernos cerca de los cuales se halle acreditado. De aquí que sea muy cierto el dicho de La Bruyère, de que el Embajador debe ser un Proteo o un camaleón, y no menos cierto el del Príncipe de Bülow de que ha de parecerse a Alcibíades y acomodarse a toda clase de gustos, mientras sean honestos. Por lo que a la mímica se refiere, o sea por lo que de actor tiene el diplomático, podrán dictarse ciertas reglas a todos comunes, se necesitará un aprendizaje más o menos largo; mas cada artista digno de este nombre sentirá el papel a su manera y de manera distinta de la de los demás. El tipo creado por el genio del poeta dramático, Hamlet, por ejemplo, habrá tenido más o menos feliz interpretación por los comediantes que lo representaron; pero los grandes artistas hallaron gesto propio y no trataron de imitar el ajeno, como hace el farsante adocenado. Y lo mismo ha sucedido con los maestros de la diplomacia. Cada cual puso, para lograr sus fines, aquellos medios más en armonía con su carácter, con

su educación, con sus instintos y aficiones; vino el éxito a premiar sus esfuerzos y a sancionar su obra, y hubieron, naturalmente, de crecer, y aun de decir, que como ellos habían negociado así debía negociarse. Mas no se pareció el arte de Talleyrand al de Metternich, ni el de Bismarck al de su sucesor Bülow.

De estas mis lecturas saqué en limpio que no se aprende en libros el arte de negociar y que todos aquellos grandes diplomáticos y estadistas que pasaron a la posteridad con fama de maestros fueron negociadores de intuiciones felices a quienes acompañó en sus gestiones la fortuna y que murieron llevándose consigo su secreto y sin fundar escuela. Y cuando, andando el tiempo, tuve la honra de representar a España en Legaciones y Embajadas, en conferencias y negociaciones de más o menos importancia y hube de exprimir el seso y el bolsillo para que no padecieran ni los intereses nacionales ni el decoro de la representación, al tropezar en muchas ocasiones con las ataduras del miedo y del balduque, que tan funesta influencia han ejercido, desde el Congreso de Viena, en nuestra política exterior, recordé, no sin amargura, la enigmática y burlona sonrisa que asomaba a los labios de don Juan Valera al hablar de nuestra diplomacia. Yo tomé en serio lo que él tomaba en broma, y paréceme ahora que la razón estaba de su parte.

Burla burlando llegó Valera a embajador, y como antes de serlo habíase sentado en los rojos asientos del Congreso y del Senado y había tomado alguna parte en la administración y la política, sintió la legítima aspiración, que vio defraudada, de sentarse también en el banco azul y de figurar entre los efímeros gobernantes españoles de su época. Muchos literatos habían sido ya ministros y algunos poetas se habían visto llevados a los Consejos de la Corona por mano de las Musas. ¿Por qué no había de serlo quien como él podía llamarse prócer entre los primeros y se había solazado con las Musas, en ratos de vagar, honesta y pulcramente? En aquel tiempo, el oficio de ministro de la Corona, que ejercían los políticos con más o menos acierto y fortuna, era tenido en grande estima, y los ex ministros no eran objeto de befa y menosprecio, antes bien, hallábanse unos y otros en situación parecida a la de los ángeles que en la Corte celestial gozaban de la presencia del Señor, antes de que éste con ellos se enojara y los despeñara desde la altura, condenándolos, como réprobos, a consumirse silenciosamente en las eternas llamas, sin permitirles siquiera el consuelo del desahogo epistolar. Murió Valera sin haber llegado a ser ministro; mas si con esto debió padecer algo

su amor propio, no sufrió mengua ninguna la fama de su nombre, que bastábale ser padre de *Pepita Jiménez* para brillar con luz propia en la Historia de la literatura española, como astro de primera magnitud.

Otra ambición que no pudo ver Valera satisfecha fue la de la popularidad, que aun hoy le falta. Aborrecíala, porque odiaba todo lo vulgar. Era un gran señor, llano y afable con los humildes, pero que sentía el más profundo desprecio por las incultas gentes, que forman la mayoría de las ignaras muchedumbres. Jamás se prestó a echar carne a las fieras, ni a nutrirlas con la bazofia que les place; pero hubiérales agradecido que como aquellas que se sintieron atraídas por el encanto de la lira de Orfeo, hubiesen acudido a rendirle pleito homenaje y se hubiesen contentado con algún exquisito manjar, más sabroso que suculento, de los que él aderezaba y sazonaba para regalo de golosos.

Si le faltó el aplauso del vulgo, no así el de los intelectuales, que concurrían al cenáculo para oír la palabra del Maestro y para cantar sus alabanzas. Nada hay escrito sobre gustos. Tan señoriles y refinados eran los de don Juan y tan enciclopédica y vasta su cultura, que estaban fuera del alcance popular y no podían ser, por tanto, debidamente apreciados por el común de las gentes. Recuerdo que cuando estaba yo sirviendo en el Ministerio de Estado se publicó la primorosa traducción de *Dafnis y Cloe,* en que el aprendiz de helenista superó, por la belleza de la forma y la galanura del estilo, al autor griego. De ella se habló mucho en el Ministerio, porque muchos eran los compañeros y amigos de Valera, y a uno de ellos oí «que lo único divertido que había encontrado en el libro era la lección de amor que dio al rijoso pero inexperto mancebo la compasiva cortesana».

Era don Juan en extremo distraído y en este punto nada tuvo que envidiar a un tocayo y colega suyo inglés que representó a Jorge III en España en los comienzos de la guerra de la Independencia. John Hookham Frere descendía, como lo indicaba su apellido francés, de uno de los soldados normandos que pelearon en Hastings a las órdenes de Guillermo *el Conquistador.* Debió su carrera diplomática a la amistad de Canning, de quien fue condiscípulo en Eton y luego compañero en el Foreign Office, reemplazándole en la Subsecretaría, y como en ella resultara Frere completamente inútil, para expulsarlo del Ministerio decorosamente, según la práctica diplomática todavía en uso en muchas Cancillerías, se le nombró para una Legación en el extran-

jero. Era Frere hombre de gran cultura literaria y de exquisito gusto, familiarizado con los autores griegos y latinos, italianos y españoles; diestro en el manejo de su lengua materna, en verso como en prosa; humorista a la inglesa, poeta fácil y elegante, si no de altos vuelos, de atildadas y primorosas formas, y como traductor, sobresaliente, siendo digna de figurar como clásica en la literatura inglesa su traducción del teatro de Aristófanes. Primero en Portugal y luego en España dio rienda suelta a su privilegiado entendimiento para que discurriera por los campos de la literatura, que era su afición, olvidando no sólo cuanto se relacionaba con su cargo diplomático, ya fueran asuntos o personas, deberes oficiales o sociales, sino hasta funciones que, como las nutritivas, suelen cumplirse diariamente a determinadas horas. Hallándose en Sevilla lord y lady Holland y lord Russell, alojados juntamente con el Marqués de la Romana en casa de Frere, salía éste muy a menudo a la calle hasta sin sombrero, a la hora de comer, enzarzado con el Marqués en alguna interesante plática y se olvidaba por completo de la comida, que se echaba a perder, y de los huéspedes que, hambrientos, le estaban esperando. De sus distracciones cuéntanse muchas; pero la más famosa es la del día de la boda. Prendóse de una joven y hermosísima viuda, cuyos adoradores fueron muchos y no pocos los aspirantes a su mano, que otorgó a Frere, dando a los demás lo que era menester para sustento de la devoción sin menoscabo de la honra. Quince años duraron las relaciones amorosas de Frere con lady Errol, sin que la tardanza en llegar al desenlace tuviera otro motivo que la natural indolencia del ya maduro novio; pero al fin llegó el día de la boda y aquella tarde fue Frere a visitar a su amigo, el famoso editor John Murray que por especial privilegio, de que no disfrutaba el común de los autores, lo recibió en su sala, y allí recitando Frere sus versos pasaron las horas hasta que llegó la de comer y Murray le invitó a que lo acompañara; mas Frere se excusó, diciéndole: «No puedo, porque me he casado esta mañana y lady Erroll me está esperando para que la lleve al campo.» Y a Hastings se fueron, sin haberse cuidado de encargar cuarto, por lo que no encontraron ninguno, y nunca se supo dónde pasaron la noche de boda. Vivía Frere fuera del tiempo y del espacio, y como sus distracciones gozaban, no sólo de pública notoriedad, sino de una tolerancia por tácito y común acuerdo establecida, no le preocupaban ni perjudicaban, ya fueran hijas de un disculpable olvido o de una perfecta volición.

Este retrato de Frere, por lo que a la distracción atañe,

pudiera pasar por la fiel imagen de Valera. Par ambos la labor literaria no era faena sino goce del espíritu, del que gustaban participara un escogido público de amigos; pero si echaban en olvido de cuando en cuando, casi pudiéramos decir con harta frecuencia, los deberes de su cargo diplomático, hacíalo Frere porque era, según la unánime opinión de cuantos le trataron, el hombre más perezoso que Dios había criado, mientras en Valera influía, más que la pereza, la poca afición que sentía por lo que de serio pudiera tener su oficio, reputando la diplomacia arte decorativo y secundario, como esas clases de adorno que se enseñan en los aristocráticos colegios a las educandas que se preparan para la vida del gran mundo, donde no todas, por adornadas que estén, encuentran el soñado marido. El diplomático era, a su juicio, un hombre de mundo, enviado a recorrer lejanas tierras y a cultivar el trato de extrañas gentes, refinadas y cultas, entre las cuales merecían siempre preferente atención, por ser las más dignas de estudio, las pertenecientes al sexo femenino. En cuanto a las distracciones, corrían parejas las de Valera con las de Frere, y pudieran contarse muchas muy curiosas; habiendo también alcanzado para ellas el privilegio de la inmunidad que la sociedad otorga a los que tienen *cosas*. Las cosas de don Juan eran siempre acogidas con benevolencia y aun con risa.

Como hombre de mundo, no dejaba Valera nada que desear. Era de gallarda presencia, de estatura prócer, recio y varonil, con esa *soltura fina* que Courtoys de Anduaga consideraba indispensable para que fuera perfecto el diplomático. Vestía con elegancia suma, y sin ser esclavo de la moda se sometía a los cánones que dictaban los sastres de mejor tijera y mayor fama. Su peregrino ingenio, ayudado por una memoria felicísima y por su vasta cultura, juntamente con la posesión de varias lenguas vivas, además de las clásicas, hacían su conversación tan interesante como amena, y dábanle gran partido entre las damas, que ya fuesen tontas o discretas, rendíanse todas al encanto del ático palique. Favorecióle en sus empresas la diosa protectora del pastor troyano, y si no emuló al legendario don Juan en el número fabulosamente exagerado de sus conquistas, ni hizo de ellas pública ostentación con manifiesto escándalo, dejó bien puesto el nombre de pila que llevaba. No fue hombre de grandes pasiones, pero sí de muchos lances de amor, en que tomaba el corazón escasa parte, achaque común de enamorados, que tienen más de pujantes varones que de andantes caballeros. Si don Juan Tenorio hubiese tropezado en sus primeros pasos con doña Inés, en cuyas

manos hubiese dejado preso el corazón, no hubiese sido en las tablas el Burlador de Sevilla, sino el Amante de Verona. El epistolario de Valera nos muestra esta faceta del hombre de mundo y a él remitimos a quien quiera documentarse para conocerle bajo este aspecto tan literario y tan humano.

Larga fue su vida y asimismo su carrera diplomática, que empezó a los veintidós años como agregado sin sueldo en la Legación de Nápoles, y terminó cerca de medio siglo después como Embajador en Viena. Su primer jefe, don Angel Ramírez de Saavedra, duque de Rivas, debía a su nombre y linaje y a su amistad con Istúriz y Galiano el haber sido Ministro de la Gobernación y luego Ministro en Nápoles, sin llegar nunca a alcanzar reputación de estadista ni de diplomático; pero gozó merecida fama de poeta, como uno de los más populares de la naciente escuela romántica. Como político empezó profesando en Cádiz los mismos principios de los liberales doceañistas y su amistad con Alcalá Galiano hizo que en 1823, triunfante el absolutismo de Fernando VII, se viera condenado a muerte y obligado a salir de España. Vivió el Duque en Londres y luego en Malta, donde se amistó con el Ministro que había sido de Inglaterra en España, Frere, a quien debió su transformación en poeta romántico, pues fue quien le animó a escribir *El Moro expósito*. Al inaugurarse, durante la regencia de la reina Cristina, el Estamento de Próceres, se dio a conocer como orador fogoso y más liberal que Riego, siendo el único que habló en contra de la contestación al discurso de la Corona. Mostró luego acalorado entusiasmo por Mendizábal, que le confirió la Gran Cruz de Carlos III y la Presidencia del Estamento de Próceres, y de la noche a la mañana pasó a ser Ministro de la Gobernación en el Gabinete moderado que, presidido por Istúriz, sustituyó al de Mendizábal y fue a los pocos meses derrocado por el pronunciamiento de los sargentos en La Granja.

Era el Duque conversador amenísimo, y contaba admirablemente sus propias aventuras y las ajenas, exagerando y aun faltando a la verdad, y cuando algún amigo le afeaba esto último, respondía que, según había observado, sus oyentes se divertían más, mientras él más inventaba y mentía, y no había, por consiguiente, razón para privarles de aquel gusto. No era siempre original; pero sabía engalanar sus plagios con el donaire del lenguaje; imitando así a aquellos españoles residentes en Roma durante el Renacimiento, de quienes decía el boloñés Umore que robaban de noche las capas y las lucían luego de día con tales adornos, que no las reconocían sus dueños.

Cobró el Duque gran afecto al joven Agregado. Con él departía muy a menudo sobre letras, artes y mujeres, cosas a que eran ambos igualmente aficionados; pero el trato frecuentísimo hacía que algunas veces reincidieran involuntariamente en los cuentos y chascarrillos con que amenizaban la plática, y entonces el Duque le decía: «¡Ay, Valerita; nos sabemos de memoria!» Considerábase a Valerita como de la familia, y andando el tiempo llegó a serlo por el enlace del hijo de nuestro don Juan con la nieta del Duque de Rivas, la actual Marquesa de Villasinda.

Ascendido a Agregado de número, al cabo de tres años de placentera y apacible vida en ciudad tan encantadora como Nápoles, llena de recuerdos españoles, pasó Valera a Lisboa a servir a las órdenes de don Antonio Alcalá Galiano, a quien le unía cercano parentesco. De familia de marinos, no había seguido Galiano la carrera de su padre por haberse éste opuesto a ello. Optó por la diplomática, y no habiendo podido conseguir el ir como Agregado a Londres, por negarse el Conde de Fernán Núñez a tenerlo en su Embajada, ingresó en la Primera Secretaría de Estado, donde fue muy mal recibido por sus compañeros, pasando de allí, como Secretario, a la Legación en Stockholmo. A su regreso, a consecuencia de desgracias conyugales que refiere en sus *Memorias,* se dio a una vida de libertinaje con mozas del partido, sirviéndole su mala fama de mujeriego y de perdido para que no le sospecharan de acérrimo liberal y aun de conspirador tenaz y osado. Él fue alma y verbo de la Revolución de 1820, que preparó en las logias para que triunfara con Quiroga y con Riego en las Cabezas de San Juan; él se adueñó después del pueblo madrileño, como su natural tribuno, en las tumultuarias reuniones de *La Fontana de oro* y a su iniciativa debiéronse en las Cortes las resoluciones más peligrosas y atrevidas, como la respuesta a las notas de las cuatro grandes Potencias y el establecimiento en Sevilla de la Regencia por incapacidad temporal del Rey, desacato que jamás olvidó ni perdonó Fernando VII. Tampoco le perdonó la opinión pública que con tales antecedentes políticos cambiara brusca y fácilmente de partido, ingresando en el moderado, juntamente con el Duque de Rivas, y desempeñando en el Gabinete Istúriz la cartera de Marina. Como orador eximio, resistió su fama las mudanzas de los tiempos.

Compartió Galiano con el Duque de Rivas la emigración en Inglaterra y unió a ambos estrecha amistad, sazonada por gustos literarios comunes, que eran en Galiano recuerdos y resabios de la mala vida gaditana. Conocidas son unas décimas que hubiera

podido firmar el Aretino, en que Galiano y Rivas resolvieron algunos *Casos de conciencia.*

Durante la misión de Galiano en Portugal acudía a su tertulia todo el personal masculino de la Legación, que se agrupaba en torno del jefe en uno de los extremos de la vasta sala, mientras en el otro se ocupaba la jefa en sus labores. Entre los oyentes del Ministro estaba su hijo, aún muy mozo, a quien su padre, después de disertar sobre asuntos innocuos, dirigía la palabra en estos términos: «Hijo mío, lo que voy ahora a decir no debes oírlo; estaría mal que se lo oyeras a un extraño; pero ¿de los propios labios de tu padre?» Al decir esto alzaba la voz y oíase entonces la de la señora de Alcalá Galiano, que llamaba al hijo: «Ven acá, Antoñito, que tu padre va a contar cuentos indecentes.» Y el hijo, más obediente a la voz de mando de la madre que a los ruegos del padre, se retiraba de mala gana y harto pesaroso de no participar de lo que tanto regocijaba al auditorio.

No pasó de un año la estancia de Valera en Lisboa, cerca de su tío don Antonio. Destinado como segundo Secretario a la Legación en Río Janeiro, sirvió a las órdenes de don José Delavat y Rincón, diplomático de carrera, casado con una señora brasileña, con cuya hija, entonces una niña, casó Valera años después.

De Río Janeiro fue trasladado a Dresde y de allí al Ministerio de Estado, donde pasó tres años, y ascendió a Oficial primero con categoría de primer Secretario. Con esta categoría, y conservando su puesto en el Ministerio, acompañó al Duque de Osuna en su Embajada a Petersburgo en 1856.

La Corte de Rusia era adecuado teatro para quien, como Valera, tenía tantas partes de hombre de mundo. Vióse agasajado y mimado por una aristocrática sociedad, acogedora y bizarra, de la que conservó, especialmente de las rusas, aún más que de los rusos, gratísimo recuerdo. También nuestra Embajada le sirvió para cultivar uno de los géneros literarios en que más sobresalía y en el que derramó a manos llenas la andaluza sal que atesoraba su chispeante ingenio. En sus cartas al Marqués de Valmar, algunas de las cuales se incluyeron en un epistolario, hace algunos años publicado, burlábase donosamente del embajador, el Duque de Osuna, y del agregado militar Quiñones de León, sujetos ambos que tanto se prestaban a la fina ironía con que Valera los describía y maltrataba. Estas cartas eran el regocijo de la sociedad madrileña, que las saboreaba con deleite; y como algún amigo de Quiñones diera a éste noticia y aun copia de lo que escribía Valera, se lo comunicó el Agregado militar al

Embajador, con ánimo sin duda de que se enojara el Duque y se desembarazara del burlón y molesto secretario. Súpolo Valera por un compañero, que le recomendó fuera prudente, si no quería perder el puesto, y al que dio esta respuesta: «Si se me hubiera ocurrido algún chiste sobre mi padre lo hubiera dicho: figúrese usted si no he de decir todos los muchos que se me ocurren respecto del Duque de Osuna y de Quiñones de León.»

En 1858 dimitió Valera su puesto para dedicarse, con escaso fruto, a la política, y en 1865 volvió a la carrera diplomática como Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en Francfort cerca de la Dieta Germánica, llamada a desaparecer el año siguiente como resultado de la guerra victoriosa de la Prusia contra el Austria. Afiliado Valera a la Unión Liberal, siguió la suerte del partido a que debía la Legación en Dresde y la dimitió tan luego como, sofocada en Madrid el 22 de junio de 1866 la insurrección de los sargentos de artillería, se vio O'Donnell despedido por Su Majestad y reemplazado por Narváez, que había sido recibido secretamente en Palacio por la Reina, mientras por ella arriesgaba una vez más su vida el Duque de Tetuán. El injustificado cambio de Gobierno y de política, debido a un soberano antojo, en que la ingratitud y la intriga palatina tuvieron tanta parte, no tardó en dar su fruto. La revolución vencida en las calles de Madrid el 22 de junio triunfó dos años después en el puente de Alcolea por una coalición de los partidos políticos que la reacción entonces imperante quiso destruir para impedirles el ejercicio del poder, sin conseguir otra cosa que hacer el vacío alrededor de la augusta señora que ocupaba el trono, facilitando su caída.

A la Revolución de septiembre debió Valera la Subsecretaría del Ministerio de Estado, que desempeñó durante un año y en la que absorbió principalmente su atención la renovación del personal diplomático, a que no siempre presidió el acierto. La empresa era difícil, porque se quería que la diplomacia revolucionaria saliese de la nada, creada con el barro democrático, que tenía abundantemente a mano el Gobierno provisional; pero no era aquel barro el más a propósito para fabricar Embajadores y Ministros Plenipotenciarios y aun Secretarios de Embajada, que húbolos de todas clases, y si bien salieron del horno algunas piezas finas, también se exportaron entonces unos cuantos pucheros de Alcorcón, que no nos acreditaron en el extranjero. Pasó Valera por la amargura de tener que sacrificar en el ara de la libertad a muchos de sus antiguos compañeros y amigos; pero

tuvo la satisfacción de poder practicar la máxima políticocristiana de «a los tuyos con razón o sin ella», nombrando de golpe Agregado de número a un sobrino suyo, lo cual reconocía «que era un acto de nepotismo escandaloso, porque el tal sobrino no servía absolutamente para nada; mas siendo éste un favor que hubiese podido obtener de alguna otra persona, prefería que se lo agradeciese a su tío».

Formó parte Valera de las Cortes Constituyentes y de la Comisión que pasó a Italia para ofrecer la Corona de España a don Amadeo de Saboya, Duque de Aosta, no volviendo a la carrera diplomática hasta la Restauración de don Alfonso XII, cuando, llamado al poder por vez primera en 1881 el partido liberal que acaudillaba Sagasta, fue nombrado Ministro Plenipotenciario en Lisboa, donde serví a sus órdenes como primer Secretario. Con Valera vine a Madrid acompañando a los reyes de Portugal don Luis y doña María Pía y al príncipe real don Carlos, viaje que no tuvo el resultado matrimonial que se prometían ambas Cortes. Desempeñó después Valera la Legación de Washington y la de Bruselas y por último la Embajada en Viena, a que fue ascendido en 1893.

Era entonces esta Embajada de Viena una *Embajada de familia* por el parentesco de nuestra Reina Regente con el Emperador de Austria, y podía, además, considerarse como una *honrosa jubilación* para quien frisaba en los setenta, pues convidaba más bien a la luciente ociosidad que a labor ninguna diplomática. Dedicóse Valera, según decía al ministro de Estado Moret en una de sus cartas, a sacar de la cabeza y del corazón de la archiduquesa Isabel, madre de nuestra augusta Soberana, a los conservadores españoles que se habían allí introducido y asentado. No sabemos hasta qué punto había llegado Valera en esta obra de desahucio espiritual cuando ocurrió en España una de las cosas más imprevistas aunque más frecuentes: una crisis ministerial, que llevó de nuevo al poder a los conservadores y obligó a Valera a dimitir su Embajada. Un año después se jubiló y los diez siguientes y últimos de su vida los pasó en Madrid dedicado a las letras y apartado de las pompas y vanidades de este mundo, que son indispensable ambiente y requisito para el decoroso ejercicio de la diplomacia.

[*Boletín de la Real Academia de la Historia.* LXXXVI, 1925, págs. 453-467.]